



Recuerde los años 90, no anhele volver

El orden liberal se ha derrumbado y la pandemia está revelando por qué Occidente necesita alejarse rápidamente de esta era no tan dorada.

Escrito por: Tom McTague. Documento traducido de la página The Atlantic, para revisar el documento original hacer click [aquí](#).

“Si un hombre fuera llamado a fijar el período de la historia del mundo durante el cual la condición de la raza humana fue más feliz y próspera, nombraría, sin dudarlo, el que transcurrió desde la muerte de Domiciano hasta la adhesión de Cómodo”, escribe Edward Gibbon en *The Decline and Fall of the Roman Empire*. “La vasta extensión del imperio romano estaba gobernada por un poder absoluto, bajo la dirección de la virtud y la sabiduría”. Era estable, en paz, justo y próspero. Sin embargo, un solo defecto hizo inevitable su colapso: la dependencia del carácter de un hombre, el emperador.

Es difícil no leer estas líneas y pensar en nuestra propia edad de oro. Después de todo, sólo recientemente, las democracias de Occidente parecían a gusto consigo mismas, los grandes conflictos ideológicos del día aparentemente resueltos. Los gobiernos eran liberales, abiertos y modernos, y sus países aún no estaban tan llenos de la angustia que parece definirlos hoy. La frase Guerra contra el terrorismo aún no se había acuñado, China aún no se había levantado y Europa estaba en un camino suave hacia una unión cada vez más estrecha, protegida y apoyada por la única potencia de la Tierra que importaba, Estados Unidos. Esta fue la década de 1990.

Este mundo ahora se ha ido. Hoy, frente a una pandemia única en un siglo, que a su vez se produjo inmediatamente después de la gran crisis financiera de 2008, el 11 de septiembre, las guerras en Afganistán e Irak, rompió las líneas rojas en Siria y el ascenso de Vladimir Putin, Xi Jinping, Donald Trump y el Brexit: el poder extraordinario, el prestigio y la sensación de triunfo inevitable que Occidente heredó hace solo unas décadas ha desaparecido de repente. ¿Es así como termina el siglo estadounidense y comienza China?

Para comprender qué ha sucedido y por qué es importante, hablé con políticos, especialistas en política exterior y funcionarios gubernamentales de Estados Unidos y Gran Bretaña. Aunque hay poco consenso sobre las preguntas de cuándo y cómo terminó la era anterior, o qué significa para el futuro, está comenzando a surgir algo parecido a un entendimiento común: la era dorada de los noventa nunca fue dorada para empezar. Como la Roma de Gibbon, era estructural e irremediablemente defectuosa, comprometida por la arrogante creencia en su propio mito de superioridad inevitable.

Para muchos, ya sean de la izquierda radical o de la derecha populista, cuanto más nos alejamos de los años 90 y principios de los 2000, más imperfecto parece ese período: la globalización acelerada, la entrada aparentemente gratuita de China en la Organización Mundial del Comercio, la creación de una moneda europea común sin las herramientas necesarias para gestionarla, la falta de regulación de los préstamos de alto riesgo, el apoyo incuestionable a la libre circulación de mano de obra y capital, guerras aparentemente interminables en Oriente Medio.



El rápido colapso del orden global democrático liberal ha dejado a muchos de sus antiguos habitantes en Occidente traumatizados y políticamente sin hogar, vagando por el paisaje destrozado de hoy en un estado de luto desconcertado, esperando, de alguna manera, que las viejas certezas puedan ser restauradas. Aquí en Gran Bretaña, vemos un anhelo por el tiempo antes del Brexit y la crisis financiera, por el consenso político centrista que alguna vez pareció permanente. En los Estados Unidos, ese deseo se manifiesta con la esperanza de que los republicanos puedan volver a la política reaganista dominante o que todo lo que los demócratas deben hacer es volver a la época de Barack Obama.

Sin embargo, según aquellos con los que hablé, la pandemia revela la necesidad de alejarse rápidamente de este momento, no revertirlo. Los problemas de hoy son el resultado de los errores de esa época.

“Había una opinión arrogante de que las cosas eran inevitables”, me dijo Tom Kelly, vocero oficial de Tony Blair de 2001 a 2007. Relató un viaje a Beijing en este período, durante el cual China dio garantías sobre su compromiso de democratizar “de abajo hacia arriba”, en sus palabras. “Francamente, estábamos demasiado ansiosos por escucharlo”, dijo. Lo mismo ocurre con Irak después de la destitución de Saddam Hussein, y con Arabia Saudita bajo el brutal pero aliado gobierno de su familia real, cuyas interminables promesas sobre la modernización planificada que Occidente estaba demasiado dispuesto a aceptar.

En retrospectiva, la escala de la ingenuidad es asombrosa: la incapacidad de anticipar el repentino movimiento masivo de personas de Europa del Este después de la ampliación de la Unión Europea en 2004 y el impacto que podría tener en la política interna; los atajos y los arreglos políticos incorporados en la moneda única europea que volverían a funcionar después de 2008; el fracaso en diseñar un Plan Marshall para Rusia después del colapso de la Unión Soviética, o en anticipar la reacción de Rusia a la expansión de la OTAN; las guerras en el Medio Oriente; y, por supuesto, la gran apertura a China y cómo eso aceleró los cambios en la economía global. Emma Ashford, investigadora del Instituto CATO libertario, me dijo: “Cuando hablamos de política exterior, cuando esta era llegó a su fin es tema de debate. Para algunos con los que hablé, concluyó el 31 de diciembre de 1999, el día en que Vladimir Putin asumió el mando en Rusia; o en 2000, cuando Bill Clinton promulgó la ley relaciones comerciales normales permanentes con China; o el 11 de septiembre de 2001, lo que provocó dos décadas de agitación en el Medio Oriente. Otros están satisfechos con la intervención de 2003 en Irak, o los cambios radicales en la UE de 1999 a 2004, incluida la introducción de su moneda única y su expansión hacia el este.” Helen Thompson, profesora de economía política en la Universidad de Cambridge, me dijo que, aunque es difícil precisar el momento en que terminó el viejo mundo y comenzó el nuevo, en 2005 estaba claro que el mundo había cambiado irrevocablemente. “Se pueden ver muchas cosas que importarán en una década que comenzarán a tomar forma en 2005”, dijo Thompson. Una vez más, las decisiones de un mundo ayudan a traer el siguiente. Trump no es la causa del nuevo mundo, sino la consecuencia de los fracasos del viejo.

Si 2005 es el año en que podemos ver el viejo mundo desapareciendo, entonces 2008 es el año en que se ejecutó. Este es el año del gran colapso, la primera crisis de la economía global. El desplome expuso no solo las fallas estructurales en las economías individuales, sino también la estructura de



la economía global en sí misma: financieramente interdependiente, respaldada por el dólar y por la Reserva Federal como prestamista de última instancia, y con cadenas de suministro verdaderamente internacionales. Conduciría al empoderamiento apresurado del G20, una nueva élite global, para alejar al mundo de una posible depresión. Aun así, las secuelas de la crisis financiera llevarían a cuestionar la existencia misma del euro y la capacidad de los gobiernos para proteger el nivel de vida de sus ciudadanos. También confirmaría el estatus de China como la segunda superpotencia de nuestra era, la otra nación indispensable.

Tomados en conjunto, estos eventos dejan claro que el viejo mundo estaba tan seguro de sí mismo que sembró las semillas de muchos de los desafíos que enfrentamos hoy, como la rivalidad estratégica de China, el revanchismo ruso, el desequilibrio de la OTAN, las contradicciones de la UE y las de Gran Bretaña y Las crisis de confianza e identidad de Estados Unidos.

En la década de 1990 y principios de la de 2000, con mucha certeza ideológica y fuerza geopolítica, Occidente no se dio cuenta de que los muros que protegían a sus ciudadanos eran tan débiles como ellos. Envalentonados por su éxito, una nueva generación de líderes tuvo lo que pensó que eran mejores respuestas que la anterior: gobernadores de un imperio de democracia liberal. Pero fue construido sobre una ilusión. En 20 años, hemos descubierto que el multilateralismo y el intervencionismo liberal son simplemente convenientes, no esenciales; que el estado-nación no murió; que la ideología y la identidad siguen siendo importantes para la gente; que la economía globalizada está fuera de lugar; y que, en última instancia, el dominio occidental no es inevitable.

Ahora, frente a la pandemia de coronavirus, hablé con Leon Panetta, exsecretario de Defensa de Estados Unidos y director de la CIA bajo Barack Obama, y jefe de gabinete de la Casa Blanca bajo Bill Clinton, para comprender la perspectiva de quienes sirvieron en ambas épocas. En su opinión, el mundo ahora está atravesando "otro reinado de Nerón", y Estados Unidos enfrenta una elección en noviembre: "Si vamos a curar este país y ponerlo en el camino correcto o no, o si vamos a seguir siendo un país en declive, un imperio en declive ". (Una respuesta más cínica podría ser que el propio Joe Biden ha estado íntimamente involucrado en casi todas las decisiones de los últimos 20 años que han contribuido al declive en primer lugar).

Algunos con los que hablé argumentaron que cualquier análisis de esta era debe tener cuidado con la sobrecorrección, para asumir que todo lo que ocurrió en la década de 1990 y principios de la de 2000 ha sido eliminado para siempre. Un alto asesor del gobierno del Reino Unido cercano al primer ministro Boris Johnson me dijo que, si uno tenía que proyectar hacia adelante unos años, era perfectamente plausible que un presidente Biden asistiera a una cumbre de Davos comprometida con la profundización de la economía global. Los fundamentos del orden internacional habrían sido cuestionados, pero no descartados por completo. En efecto, en una breve sucesión después del final de la Guerra Fría, habríamos tenido la tesis de la globalización liberal dominada por Occidente, la antítesis del nacionalismo trumpiano y el surgimiento de la China de Xi y, en algún momento después, la síntesis de los dos, que se convertirá en la nueva y más sostenible normalidad.

Para el Reino Unido, cada uno de los principales eventos que tuvieron lugar durante las dos décadas posteriores al cambio de siglo cambió la política, pero tomó tiempo para alimentar las urnas y aquellos en posiciones de poder. Seguramente lo mismo ocurrirá con la pandemia. Cada evento de los últimos 20 años traspasó las certezas políticas que habíamos llegado a dar por sentadas. Al ver



cómo estas certezas se desvanecían, los votantes en Europa y los Estados Unidos reaccionaron, enojados por industrias en declive, salarios estancados y fronteras abiertas. Con el tiempo, el goteo del resentimiento nos ha dado Brexit y Donald Trump, populismo de izquierda y derecha y, más recientemente, contramovimientos liberales nuevos y más contundentes encarnados en personas como el presidente francés Emmanuel Macron.

Ahora Occidente está siendo forzado a atravesar otra gran crisis que puede ser mayor en escala y alcance que el 11 de septiembre, las guerras que siguieron, la Primavera Árabe, la expansión de la UE y la crisis financiera. Panetta me dijo que en las dos décadas que siguieron a los ataques del 11 de septiembre, las sucesivas administraciones estadounidenses, republicana y demócrata, quitaron la vista de la pelota, se volvieron hacia adentro y dejaron un vacío de liderazgo en el mundo que los adversarios explotaron. En lugar de desarrollar una estrategia para el mundo que estaba emergiendo, Estados Unidos quedó atrapado en una gestión de crisis rodante, reaccionando y retirándose y, en última instancia, sin mantener a los poderes rivales en las líneas estadounidenses en la arena. El mundo de hoy es la consecuencia. “Pagamos un precio por eso”, dijo.